

JOSEP VILAGELIU

Sueños apasionados de ladrones y celuloide añejo

La película actualiza el gran clásico del cine canario

Título: El sueño del ladrón / **Dirección y guión adaptado:** Eduardo Díaz / **Música original:** Niki Weber / **Montaje:** Eduardo Díaz / **Cámara, máster y postproducción:** Pablo Bonet / **Sonido:** Christian Buehne / **Duración:** 77 minutos / **País:** España, 2023

Dentro de dos años la película *El ladrón de guantes blancos* celebrará su centenario 1926-2026. Mientras tanto, la aventura cinematográfica de José González Rivero, entusiasta gestor y exhibidor del Teatro Viana y del Teatro Leal de La Laguna y promotor de la primera productora de cine en el archipiélago con visión de futuro, ha suscitado el interés de varios cineastas de lo digital, apropiándose de sus imágenes para realizar varias obras con distintos objetivos. Es el caso de Eduardo Rivero, que presentó en los multicines Tenerife el paso abril *El sueño del ladrón*, tras su paso por el Festival Internacional de Cine de Las Palmas y el interés suscitado en el Festival de Málaga el año anterior.

La película se presenta como cine expandido, un término acuñado en 1970 por Gene Youngblood, el primero en considerar el video como una forma de arte. El propio Eduardo Díaz empezó su camino en el mundo audiovisual en Cataluña con la creación de vídeos que exploraban diversos campos de la creación, desde piezas abstractas, denuncias sobre el turismo de masas o reflexiones sobre el sexo, la política y el psicoanálisis, piezas que han sido exhibidas en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona, en la Casa Encendida y en la fundación Tapiés.

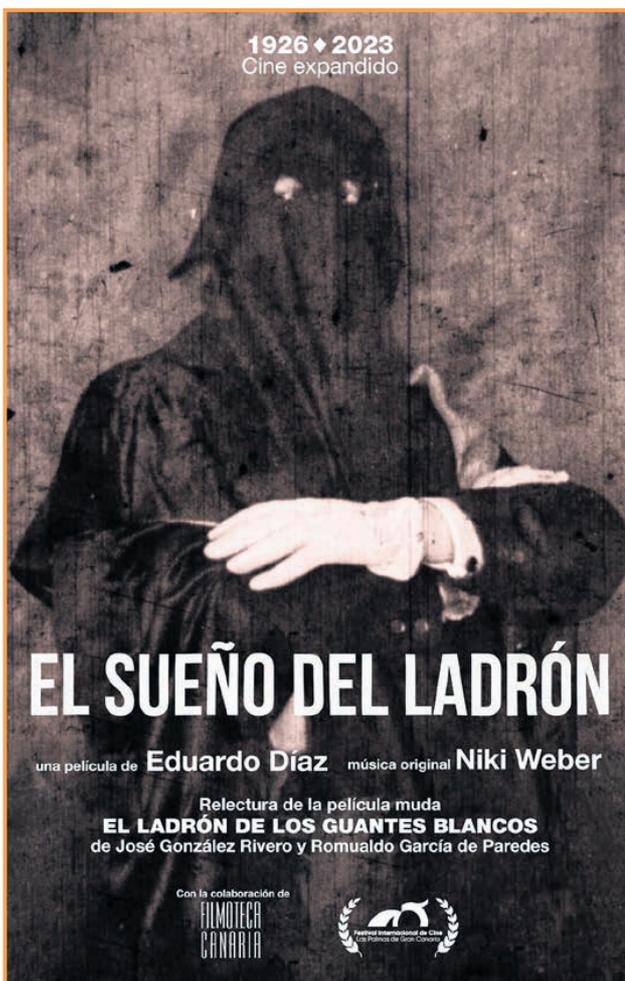
Eduardo comparte el sueño de Rivero, su entusiasmo por las imágenes de un ladrón enmascarado, un sueño que se frustró en la persona de Rivero al recibir un disparo en el bar del hotel Agüere, una muerte nunca esclarecida, como una prolongación del universo ficticio de la película, el género

policíaco que tanto admiraba. Un sueño que nace con el cine y se expande gracias al video. El propósito de Eduardo es expandir este sueño y hacerlo llegar a la sensibilidad del público actual, contagiar su entusiasmo por aquellas imágenes que descubriera hace años, en aquella proyección memorable en el Cinematógrafo Yaiza Borges, tras la búsqueda de las bobinas olvidadas, su exitoso rescate y la correspondiente restauración en un laboratorio de Madrid.

Cine de apropiación de imágenes ajenas, para utilizarlas como base para contar otras historias, como el corto de Dailo Barco, que incidía en lo extrafílmico de aquel rodaje, el desgarró político que planeaba sobre la muerte del cineasta y la desaparición de uno de los actores, o simplemente para hablar de uno mismo. Eduardo Díaz, en cambio, lo único que pretende es dejarnos ver la película en su totalidad, todos y cada uno de los planos en el orden debido, para contarnos la misma rocambolesca historia del robo de un valioso collar durante un baile de sociedad.

Con la misma voluntad de hacer llegar una obra maestra del pasado a la nueva generación de espectadores, Gus Van Sant rodó en 1998 una nueva versión de *Psicosis*, una versión radical, pues rodó de nuevo todos y cada uno de los planos de la película de Hitchcock de forma idéntica, encuadre y tamaño del plano, ahora en color, pues existía una creciente aversión al cine en blanco y negro.

Eduardo Díaz no necesita grabar de nuevo la pelí-



EDUARDO DÍAZ (TENERIFE, 1966) ESTUDIÓ CINE EMBAV Y DANZA EN EL INSTITUT DEL TEATRE, AMBOS EN BARCELONA. MIEMBRO DEL COLECTIVO OVNI. HA EXPUESTO EN CCCB, LA

CASA ENCENDIDA, INSTITUTO CERVANTES, FUNDACIÓN TAPIÉS, ARCO Y EQUIPO. 'EL SUEÑO DEL LADRÓN' ES SU PRIMERA PELÍCULA, UN FILME QUE PARTIENDO DEL CLÁSICO MUDO RODADO EN TENERIFE

POR LOS PIONEROS JOSÉ GONZÁLEZ RIVERO Y ROMUALDO GARCÍA DE PAREDES EN 1926, 'EL LADRÓN DE LOS GUANTES BLANCOS', LO HOMENAJEA Y EXPANDE, DÁNDOLE NUEVA VIDA.

cula, se hace con los permisos, visita la Filmoteca Canaria en varias ocasiones, y recupera todo el metraje

existente, en estos momentos en una fase de restauración para devolverle los teñidos originales, realizados

artesanalmente por Rivero en el laboratorio donde también revelaba los rollos de película.

Eduardo Díaz sueña su película en versión panorámica, con el encuadre dividido en tres partes, dándonos a ver tres imágenes al mismo tiempo, como si viéramos tres películas a la vez, un procedimiento, el de partir la imagen en dos o más imágenes, tan de moda en el cine de los 70, del que la televisión se ha apropiado en sus telediarios y magacines, donde podemos ver al entrevistador y al entrevistado al mismo tiempo que imágenes punzantes de la actualidad repetidas hasta la náusea. Quizás también viera en el Cinematógrafo Yaiza Borges, en el ciclo de clausura, una de las joyas del cine mudo, la imponente *Napoleón* de Abel Gance, que en los minutos finales se desplegaba en tres imágenes tricolores como la bandera francesa, un alarde técnico y narrativo para el año 1927, la Polyvisión, un año más tarde del Ladrón, para mayor gloria del emperador galo.

Si bien Eduardo recurre algunas veces al procedimiento narrativo desplegado por Abel Gance, al priorizar la pantalla central, mientras que las imágenes laterales reforzaban el significado de aquello que se narraba, las posibilidades del video le llevan a combinar las tres imágenes con resultados distintos, dejando algunas veces tan solo una de las imágenes, a veces la de la izquierda, en otras la del centro, o apagándolas del todo o de una en una, procedimiento modulador del ritmo interno de este sueño del ladrón.

Reconducir el ritmo propio de una película muda, salpicada de carteles explicativos de larga duración, con sus morosos desplazamiento de los personajes y el juego de miradas entrelazadas, para adecuarlo a la forma de mirar de un espectador actual, avezado a comprender de manera instantánea complejas interacciones de los personajes mediante procedimientos

narrativos complejos, era una tarea complicada.

Lo que en el film de Rivero se sucede en continuidad, un plano detrás del otro reconstruyendo una acción determinada, en Díaz se suceden simultáneamente, de tal manera que un film de más de hora y media se queda en unos escuetos setenta minutos. Ahora vemos casi al mismo tiempo la acción de bajar unas escaleras, subirse a un coche y alejarse éste por la calle, que antes necesitaba de tres plano sucesivos. En otras ocasiones, el coche ascendiendo por una carretera en un plano lejano es flanqueado por imágenes de las montañas circundantes. También, de vez en cuando, incluye las imágenes actuales de los edificios emblemáticos donde se filmó la película.

Ritmos visuales, modulaciones, combinatoria de imágenes sobre la pantalla, desapariciones paulatinas, puntuaciones que separan bloques narrativos, sucesión de imágenes en la combinatoria del montaje tan similar a la música. Eduardo le pide al compositor tinerfeño Niki Weber Collins sumarse a la locura con una música rockera, una música que se pudiera tocar en vivo durante una proyección, nada de un piano solitario sino guitarras, platillos, sonidos percutantes, tocados a partir de varias melodías sobre la imagen, reforzando momentos de tensión, persecuciones, peleas, y momentos de reflexión, efusiones amoratorias, miradas cruzadas.

La locura de ambos va más allá y la imagen central es escoltada por las imágenes en color de algunos de los instrumentos que se escuchan. También añaden gritos y lloros femeninos. Al reflexionar el detective, en las imágenes laterales vemos la pipa en color, también el collar es grabado con sus colores, para reforzar su importancia en la futura acción robatoria. Y la bobina perdida del robo también es filmada de nuevo con una figuración actual, remendando las costuras de un film maltratado por el tiempo ■

Un asesino implacable

Carter es un personaje que pertenece a la misma 'familia' que Parker

EDUARDO GARCÍA ROJAS

Soy un aficionado confeso a las películas protagonizadas por Michael Caine y entre su extensa filmografía destaco un título que bajo el nombre de *Asesino Implacable* (1971) inmortalizó al actor interpretando a su personaje protagonista, Jack Carter. Silvester Stallone protagonizaría muchos años después una nueva versión pero no tiene demasiado que ver con el espíritu de aquella primera producción que se basa en una novela, *Carter*, escrita por Ted Lewis.

Que me atreva a decir que la novela de Lewis es mucho mejor que la película dice mucho aunque sea verdad que mientras la leía con los ojos muy abiertos el protagonista, el Carter del título, tuvo siempre la presencia física de Caine. De hecho, parece que el personaje nació para que lo protagonizara el actor de películas como *Zulú* o *Alfie*, entre otras. Y es que Michael Caine da el tipo perfecto de canalla británico. De tipo que se ha curtido en las calles de Londres mientras se buscaba la vida.

Ted Lewis, que por desgracia falleció demasiado pronto, escribió otras dos novelas dedicadas a Carter. En España, que tenga noticia, solo se han publicado dos, esta *Carter* y *La ley de Carter* que no funciona como secuela sino como precuela. Si se lee *Carter* se entenderá la razón. Hay otro tercer título que se ha traducido al idioma de Cervantes, *No solo morir*, en la que no aparece este asesino a sueldo sino un empresario que ha hecho dinero en la industria pornográfica cuando las películas pornos eran clandestinas y se rodaban en súper 8mm. Algunos dicen que este último título es de los mejor de la carrera del escritor pero para gusto nacieron los colores. A mí me parece una gran novela, construida además con vocación literaria que va del pasado al presente según se suceden

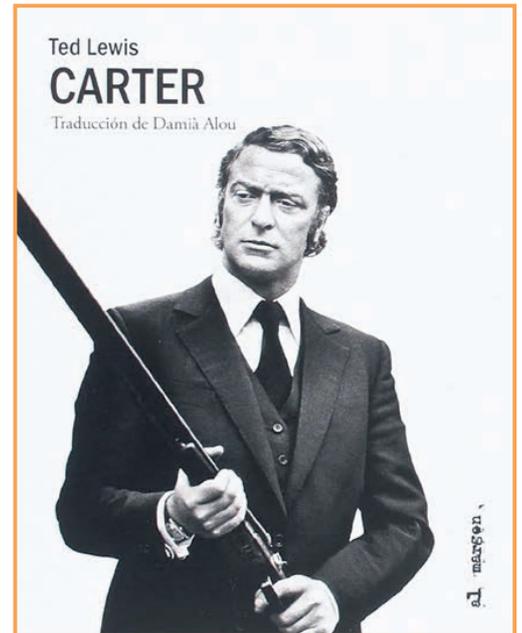
los capítulos pero sigo prefiriendo *Carter* porque me parece un personaje que tiene los mismos mimbres que el Parker de Richard Stark (pseudónimo tras el que se escondía Donald Westlake), es decir, el de un tipo duro y frío como el acero. Capaz de arramblar con todo cuando busca respuestas. Y en *Carter*, la respuesta que busca es que alguien le informe de quién asesinó a su hermano y por qué. Sabrán si leen la novela si lo descubrirá y que hará con la gente que descubre que rodearon a su hermano antes de que éste falleciera.

Al inicio de la novela sus conocidos le sugieren de buenas maneras que regrese a Londres, que ya no tiene nada que hacer en la ciudad en la que nació y vivió una infancia y adolescencia complicada, pero Carter es testarudo como una mula, así que no hará caso y regará pronto de cadáveres aquellas calles en las que jugaba de pequeño, cuando su hermano muerto era quien lo defendía de los abusos del barrio.

Escrita con frases cortas, que casi parecen trallazos, a Ted Lewis deberían de recordarlos todos los seguidores de la literatura negra como un maestro. Al menos del *noir* británico, denso, me consta, de grandes escritores que se dedicaron a observar y narrar la cara B de su país. Es esa sociedad dentro de la sociedad la que forjó el Imperio Británico en el pasado. Fueron canallas como Carter, asesinos profesionales en los que corre por sus venas sangre helada, los tipos que lo hicieron posible.

Carter es un personaje anómalo en el género aunque cuente con ilustres primos hermanos como Parker, ya citado, dos tipos rudos que juntos serían capaces de acabar con cualquiera organización que se les pusieran de frente.

En el caso de *Carter* resulta además extremadamente incorrecto en estos tiempos de



TED LEWIS (MANCHESTER, 1940 - SCUNTHORPE, 1982)

ESTUDIÓ ARTE Y TRABAJÓ EN LONDRES PRIMERO COMO PUBLICISTA Y DESPUÉS COMO

DIBUJANTE PARA SERIES DE ANIMACIÓN Y PELÍCULAS, ENTRE ELLAS EL 'YELLOW SUBMARINE' DE LOS BEATLES. GUIONISTA DE VARIOS EPISODIOS DE LA SERIE SOBRE POLI-

CÍAS Z-CARS, LEWIS DEBUTÓ COMO ESCRITOR EN 1965 CON UNA NOVELA AUTOBIOGRÁFICA, PERO SU NOMBRE QUEDARÍA ASOCIADO PARA SIEMPRE A CARTER.

fascismo dulce que vivimos. *Carter* es un producto de aquellos años, los 60 y 70, y por lo tanto frío, amoral y calculador aunque a veces sus operaciones no resulten como esperaba. Engrandece además una literatura como es la británica a la que gusta presentar personajes individualistas y un poco bestias. Tipos que están más allá del bien y del mal y que por eso mismo hacen las cosas que hacen. Tienen muy claro por qué actúan así y si bien fueron más que tirantes las relaciones que mantuvo con su hermano, en especial cuando ambos llegaron a la mayoría de edad, eso no resta que quiera hacer justicia cuando descubre que más que suicidio lo que pasó fue que unos decidieron quitárselo de encima. La incipiente indus-

tria del porno asoma también la cabeza en esta novela pero no voy a desvelar de qué manera para que la lean y conozcan a su protagonista. Un hombre solitario cuya familia tras la muerte de su hermano ha quedado reducida a una sobrina con la que no se lleva nada bien. La otra familia es una organización criminal para la que trabaja en Londres. Que ahora se encuentre en su tierra natal se lo ha tomado como unas pequeñas vacaciones, vacaciones que cambian al convertirse en una venganza despiadada.

Fue leer *Carter* y engancharme a la literatura de su autor Ted Lewis, uno de los grandes. De los más grandes de esta literatura que antes sí que sabía pegar tiros y no al aire precisamente ■